

B91

TORRE

¿Soldaditos de plomo?

La suerte incierta de los soldados bachilleres.

Dos soldados del Batallón Guardia Presidencial, los jóvenes John William Serrato y Óscar Torres Jiménez, resultaron quemados en el rostro con ácido muriático cuando su jefe inmediato -el sargento Hugo Barrientos- quiso despertarlos con agua, pero se equivocó y les lanzó soda cáustica, usada para desmanchar pisos y paredes en los baños.

D'ARTAGNAN

Así dicen las noticias y la verdad es que no es la primera vez que sucede una arbitrariedad semejante. Recuerdo que hace unos años Leonardo Castro -otro recluta perteneciente al Batallón Guardia Presidencial- terminó suicidándose, en razón, según se dijo entonces, de los malos tratos que le propinaba el subteniente Ricardo Lozano.

Ciertamente debería prohibirse, como consigna pública, ese afán de 'calmar fiebre' que tienen la mayoría de tenienticos y subtenienticos cuando tratan a sus subalternos, con la mampara de qué tal es, precisamente, la disciplina militar: a las patadas, para demostrar así su superioridad jerárquica. ¿O es que acaso puede considerarse como arquetipo de formación el famoso 'baño de María', nociva costumbre según la cual un recluta es cogido a chancletazos, con los pantalones abajo, por sus compañeros, que obedecen órdenes de cualquier ofensivo comandante de pelotón, so pretexto de aplicarle una sanción 'ejemplar'? ¿Es ello tolerable siquiera en teoría?

Con frecuencia he sostenido que el año académico que pierde un muchacho por culpa del servicio militar obligatorio carece de justificación. Ya sea que dicho servicio se preste en forma voluntaria y no forzosa o que, como lo sugirió alguna vez un parlamentario desde la Cámara, tenga carácter social y no bélico. Naturalmente entiendo el hecho de que no pocos colombianos no pueden, por distintas causas, ingresar a la universidad, además de que quizás la mayoría de ellos prefieren incorporarse a las Fuerzas Armadas por razones más que todo económicas, sin excluir consideraciones académicas.

Pero mientras esa situación se modifica -si es que llega a cambiarse-, sería muy conveniente crear una nueva mentalidad dentro de la milicia. Con mayores veras cuando el presidente Uribe no solo les ha dado tanta confianza a las fuerzas castrenses para realizar sus operativos militares, sino que la política de Seguridad Democrática de alguna manera se sustenta en el hecho de que pertenecer a sus filas es algo que enaltece y no que degrada.

Con todo, lo que hay que acabar en definitiva es con el repugnante machismo imperante, en lo referente a los mandos bajos y medios, que se despliega mediante la tortura psicológica y no apenas por exceso de ejercicios físicos. No. No puede aceptarse que es una simple chanza pachuna el que un sargento les lance a sus subordinados ácido en la cara. Aún recuerdo que, cuando ocurrió el suicidio del soldado Leonardo Castro, el entonces Inspector Gene-

ral del Ejército alegó que nadie podía quitarse la vida por el hecho de que lo obligaran a hacer 20 o 30 flexiones más. Sin embargo, los intentos de suicidio que se presentan dentro del Ejército y que se desconocen, o los que por desgracia se consuman, no pueden atribuirse simplemente a malos tratos físicos, sino a profundas razones sociológicas, a veces enigmáticas.

Ni para qué hablar del tema de los homosexuales como miembros de nuestras Fuerzas Armadas. Alguna vez la Corte Constitucional se pronunció en el sentido de que estos no pueden ser excluidos de sus filas, al contrario de opiniones de que no es propio de la esencia de la milicia tenerlos en su seno. Y aunque cualquiera entiende que un cuartel no puede ser una jaula de locas ni tampoco un remanso para practicar ejercicios espirituales, pese a que el punto es complejo, no hay razones valederas para señalar que un soldado homosexual no sea un combatiente íntegro.

Al revés. Uno podría suponer que son tantísimos los oficiales heterosexuales cuyos resultados bélicos desde el punto de vista de la guerra han sido con frecuencia estériles, que el argumento de que existan militares gays es cuestionable no resulta elemental ni convincente. Lo cual no significa que Colombia no tenga una tropa valerosa y berraca, así no siempre las gane todas.

Como en Israel y otros países con ejércitos sólidos, no solo los hombres sino las mujeres cumplen hoy papel muy destacado en la milicia activa. Ahora, garantizar que hasta en la fuerza pública de las naciones más desarrolladas no se hayan colado homosexuales en sus filas respecto de cada género, resulta no apenas imposible sino francamente antipático y discriminatorio. ¿Para guerreros andróginos. Alejandro Magno y Lawrence de Arabia! Que si por algo se destacaron fue por su capacidad y destreza militares.

Más, por lo pronto, aboguemos tan solo por las justas proporciones: que la virilidad de nuestros sargentos no se mida echándoles ácido muriático a sus soldados, así sea por equivocación.